

Exceso en las formas e interrupción del contacto

Tantas vidas, Miguel

FÉLIX ÁNGEL

Tragaluz, Medellín, 2021, 524 pp., il.

LA AVALANCHA de estímulos que caracteriza la vida cotidiana occidental hace cada vez más manifiesta la dificultad de conectar con un otro y establecer vínculos profundos que permitan disolver la sensación de soledad. *Tantas vidas, Miguel*, la segunda novela del arquitecto, escritor y artista Félix Ángel, no solo acomete la problemática actual de esta imposibilidad de conexión, así como los múltiples e infructuosos intentos de solucionarla, sino que infortunadamente termina por ejemplificarla con un proyecto editorial tan ambicioso, con tantos frentes, símbolos, recursos y mecanismos de expresión, que no parece llegar a puerto. Es una novela que en principio atrapa y llena de expectativas a su lector, pero que luego va perdiendo fuerza, como un deportista que queda sin aliento, y deja la sensación de que hizo falta una depuración editorial juiciosa previa a la publicación, para que cada uno de sus elementos aportara al producto final.

Miguel O'Brien, un economista joven, apuesto, exitoso, culto, refinado; definido por su integridad ética, su autoexigencia en lo profesional y físico, sufre una crisis inesperada cuando su pareja, Nathan, le deja sin que él encuentre una razón de fondo. En la superficie, el protagonista de la novela tiene todo lo que se considera deseable en la sociedad occidental actual, excepto el amor, y se enfrenta a la imposibilidad de reconocerse de una forma que no sea escindida y disociada. Su carácter no unificado se representa en los distintos apodosos que adopta en sus relaciones con otros, siendo Miguel, Michael, Mike, Mikhail o Micha.

Mientras se prepara para ir a la oficina lo asalta la tentación de un sollozo. El amor propio viene al rescate diciéndole que no puede dejarse llevar por la angustia. Los rastros que deja en el rostro dela-

tarían su trastorno. Necesita dar, frente al personal de la empresa, su mejor cara. (p. 115)

Su vida perfecta se puede interpretar como una fachada socialmente aprobada, detrás de la cual hay un hombre homosexual –no por ello sufre de heridas distintas a las de cualquier otro ser humano, independientemente de su preferencia sexual– que se siente fallido sin encontrar la razón para no poder mantener una pareja estable. Y termina por buscar desfuegos sexuales en espacios que la novela describe como “antro siniestro”, recurriendo a jóvenes que ingresan en la prostitución para obtener medios suficientes y surgir en una sociedad demandante (p. 21).

La novela inicia con fuerza, el lector se adentra con inmediatez en el ambiente de un bar y puede captar la personalidad del protagonista, así como el contexto en el cual se mueve. El empleo de diálogos es al principio llamativo y realista; el protagonista se muestra auténtico y sus palabras generan empatía e identificación en el lector:

Francamente no sé quién soy.

He vivido muchas vidas. En la que vivo ahora no estoy seguro de ser alguien. Cuando hago memoria de vidas pasadas me pregunto si soy la persona que las vivió. Si es así, esa persona no tiene que ver nada con quien soy ahora. (p. 12)

Con el pasar de las páginas el personaje pierde su contundencia, y se empieza a desdibujar la naturalidad de las escenas. Algo semejante ocurre con el manejo de recursos cinematográficos que, si bien al principio permiten recrear las escenas con lujo de detalles –transportarse a recuerdos, adentrarse en sueños del protagonista y acceder a distintos puntos focales sobre un suceso–, por momentos se vuelven excesivos, y esta acumulación de elementos termina por restar fuerza a los hechos narrados.

La obra está cargada de aciertos. La mención de canciones y sus letras, acordes con las situaciones en las que aparecen y que al final del libro se presentan a manera de lo que podría ser la banda sonora de la obra –un índice, titulado “Melodías”–, permite acceder a dimensiones de sentido más

profundas de los hechos. Asimismo, el contrapunteo de la prosa narrativa con los grabados en linóleo del autor posibilita construir una visión más abarcadora, a la cual se suman elementos plenos de simbolismo, como la aparición de san Miguel arcángel blandiendo una espada contra un dragón y observando encuentros sexuales del protagonista, entre otros. La riqueza descriptiva de los espacios y la ciudad confiere la sensación de realidad a la trama, y los fragmentos de prosa que saltan del español al inglés dan mayor color a una forma de vida que no solo se encuentra entre dos idiomas, sino entre dos culturas, con el *slang* del inglés y los coloquialismos paisas que de cuando en vez emergen.

No obstante, cuando dichos recursos se explotan en demasía hay una saturación de estímulos sensoriales y el mensaje amenaza con diluirse, tal como la seguridad del protagonista en un primer momento de la novela. Parecería que Ángel se hace consciente de ello e introduce en la novela largos fragmentos explicativos de la naturaleza del tormento psicológico y emocional que aqueja al protagonista. Lejos de evitar la sobresaturación ya mencionada, esto la hace inminente. En la acumulación de aventuras que buscan generar un interés constante, la prosa entorpece, la calidad del inglés también: “Better than being usual, do not you think?” (p. 324). No hay una continuación juiciosa en la caracterización de personajes, a tal punto que uno de ellos, llamado Harvey, en lo que parece un error obviado por el proceso editorial, pierde toda ilusión de realidad cuando le cambian el nombre a Harry y luego vuelve a ser llamado Harvey (p. 286).

Todos estos son quebrantos pequeños –quizás minúsculos y faltos de importancia si no fuesen tantos– que se podrían resolver con una reevaluación y reelaboración editorial atenta, dotada de una capacidad de síntesis, de decantar ideas y eliminar excesos. El mensaje de la obra, que me atrevería a calificar como universal, parecería ser la exposición de la misión titánica del hombre contemporáneo y del protagonista, Miguel, asemejándolo con la estatua de Atlas, “otro de los titanes rebeldes, condenado a sostener los cielos, eternamente, sobre los hombros [...]” (p. 296), así como la descripción

metafórica de su vida profesional y social puesta en paralelismo con una jaula semejante al Jardín Botánico con su “exuberante ambiente artificial” (p. 104), en el cual se encuentra “enterrado vivo como las exóticas flores en la pajarera victoriana al otro lado del parque, rozagantes en la inquietante tranquilidad de una prestada privacidad” (p. 191). Todo esto deja preguntas existenciales en el lector, retumbando como ecos.

Los grabados presentan figuras angulosas debido a la técnica empleada, pero también porque retratan personajes con bordes, hechos de fronteras infranqueables –hasta el acto sexual es afanoso y agresivo, y Miguel termina por hacer sangrar a Emmet en la fogosidad de su intento por quebrarlo que los distancia–. Así las cosas, estos siembran también una reflexión profunda y una mirada acuciosa sobre el fenómeno actual de una sociedad caudalosa hecha a partir de soledades que se agolpan.

La obra de Ángel contiene en sí gran riqueza y, a la vez una tarea de destilación con respecto a la oleada de mecanismos empleados, que al final juegan en su contra y se presentan como una procesión casi barroca de componentes de efectividad cuestionable. Dicha tarea queda, así como la novela, con un final abierto, en el cual no es del todo improbable que se logre franquear esa interrupción del contacto que hace del hombre, como bien lo muestra la obra, un insatisfecho perpetuo: “Mike encuentra un paralelo en la soledad del paisaje urbano y la soledad interior del hombre ‘perennemente insatisfecho’ ” (p. 349).

Melisa Restrepo Molina